

---

## El nacionalismo como objeto de conciencia en la obra de Ortega y Medina

*Eugenia Meyer\**

Algún refugiado español advertía con emoción:

...ese México que se nos va entrando en la poesía, en el arte, en los cuadros, en las pinturas, en la música, en lo que sea. . . se va entrando por dentro de todos nosotros; y en los que no escriben, ni pintan, ni cantan, ni eso, se les va entrando por el corazón: es decir, va incorporándose a la vida personal de cada uno. Sin embargo, hay una raíz que no se pierde y que yo creo que se pierde menos cuando no se mantiene en el aire, sino cuando se tiene dentro. . . Por otro lado, lo que no he dejado nunca de ser. . . es mexicano.

Quizá como pocos, en Ortega y Medina se conjuga a plenitud este sentimiento. Porque no cabe duda que para el joven maestro malagueño, que por los avatares de la guerra llega con sus 27 años al encuentro de México, la experiencia debió ser definidora. Tanto como lo fueron todas las vivencias previas de su natal España; la infancia y adolescencia transcurridas en Málaga y luego, en Madrid, la agitada juventud en una convulsionada república.

Estos dos procesos determinantes: desgarrar con su España de origen y presencia y conocimiento de lo mexicano son hitos que conducen su quehacer histórico.

Un quehacer que conjuga, combina, enhebra e imbrica la labor docente con la tarea de la investigación. Un quehacer que, a todas luces, muestra una preocupación y dedicación constante por el aprendizaje, definición y conocimiento de la conciencia histórica.

Conciencia del transterrado, que no romperá jamás con sus raíces peninsulares, pero conciencia también de mexicano cabal que durante 43 años ha buscado y rastreado en los caminos del testimonio, la hemerografía, la bibliografía, en fin, de la historiografía de y sobre nuestro país como razones y fundamentos de un pensamiento cognocitivo.

\* Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Por muchos, muchísimos años, Ortega y Medina, con paciencia y determinación, pero sobre todo con esa increíble generosidad del verdadero maestro que le es propia, nos hizo a muchos de sus alumnos, en clases y seminarios, ejercitar nuestra incipiente capacidad hermenéutica sobre las interrogantes del qué, el porqué y el cómo del historiador.

Siento, y ofrezco excusas de antemano, por hacer de estas líneas un casi diálogo particular con Ortega, siento, decía, que nos corresponde precisamente a nosotros, a sus alumnos, a quienes nos preciamos de seguir siéndolo con orgullo y respeto, inquirir, interrogar al Ortega autor sobre el qué, el porqué y el cómo de su accionar y de su comportamiento como historiador.

Quizá por los muchos años que he pasado cerca de él, quizá porque sigo creyendo que aún tengo, tenemos mucho que aprender de él, me parece que una de las tareas del quehacer de nosotros sus discípulos consiste precisamente en analizar su producción historiográfica y determinar sus motivaciones; esto es, el motor, *deux et machina* de su abundantísimo legado de escritor.

De las múltiples motivaciones que conllevan a ese posible análisis, hay una que me parece trascendente: la de la búsqueda de su identidad, o sea la definición de su pertenencia. Y, en ésta, la reafirmación de identidad y pertenencia, cabría agregar que Ortega y Medina ha demostrado una característica que, por otra parte, le es esencial; la de la congruencia. Ortega ha sido, y sigue siendo, un pensador consistente y congruente ideológicamente.

Cuando en 1953 publica su primer trabajo formal, *México en la conciencia anglosajona*, inicia una larga travesía por la historiografía de y sobre México, buscando rasgos propios, acotando los extraños. Resalta nuestra imagen ante los ojos ajenos, delineando o subrayando características del comportamiento de los extranjeros frente a ese todo, ese cosmos que es en definitiva México. Y así también, va Ortega tenaz y amorosamente construyéndose su propia conciencia nacionalista.

Y me pregunto, qué pesa más en él, las raíces ibéricas o las intensas vivencias mexicanas. La respuesta aflora con rapidez, y sin embargo, siempre preñada de un tono dubitativo. El historiador es sin duda mexicano: aquí se formó realmente; aquí alimentó su espíritu; aquí se comprometió con la historia. Pero también, y lo prueba clarísimamente su preocupación constante por el imperio español y sus confrontaciones con la Inglaterra vencedora que derrota a una armada invencible, fue allá, en su España natal, siempre presente al fin, donde se cimentaron sus raíces.

El Ortega que se preocupa por la toma de conciencia, por aprehender la conciencia extraña; el que con habilidad conduce a sus lectores, a veces ignorantes, otras insensibles, por los rastros que han dejado las obras de viajeros, diplomáticos y críticos de la realidad novohispana, o bien de la

realidad de un naciente México decimonónico, que, como tan bien dice, desde "1821 lograba su independencia; es decir su espaldarazo nacional, el ansiado y peligroso compromiso de *ser* (y de mantenerlo) y de sostenerse como nueva nación frente al concierto políticocolegitimista, hosco y monarquizante de la Europa continental y sacroaliancera". Es ese sentimiento de nacionalidad, tan peculiar del pensamiento mexicano, el que busca en la obra de Ortega una explicación coherente.

Las agresiones, afrentas y ofensas, invasiones, mutilaciones o expediciones cercenadoras del orgullo nacional, que fueron tan características de las vivencias de la nueva nación, significaban para Ortega una constante llamada de atención.

El mexicano que hay en él deja la vestimenta de la pasión para cubrirse con la reflexión científica del historiador que define la esencia de ese ser nacional.

Así, Ortega rescata, quizá del olvido, algo del pensamiento martiano, al buscar, rascar, escudriñar, precisamente en las entrañas de la colonización norteamericana, en ese concepto *sui generis* puritano de su "evangelización en la Nueva Inglaterra, razones y motivos, explicaciones y justificaciones a las empresas misioneras, siempre mercantiles, de los anglosajones en el Nuevo Mundo".

Busca y nos introduce en el complejo universo del llamado Destino Manifiesto, del monroísmo arqueológico, de todo aquello que con ironía y científicidad califica de "intento de americanidad insuficiente".

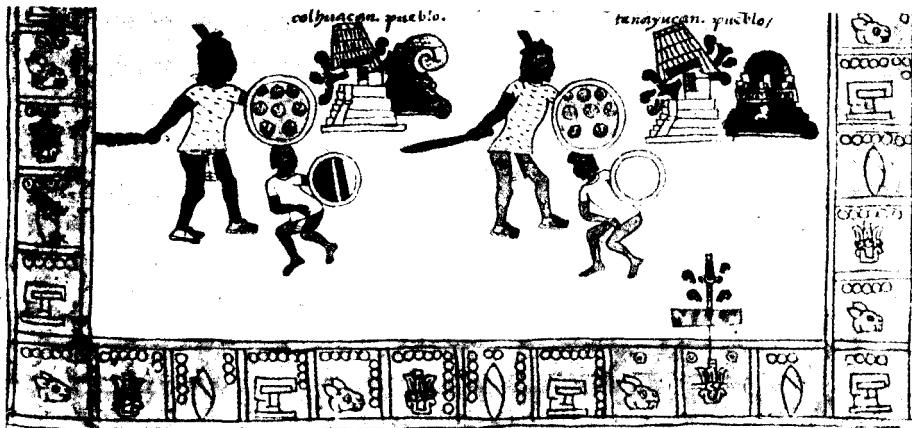
Ortega el hispano, Ortega el mexicano encuentra su razón y su compromiso de historiador precisamente allí, en la búsqueda de las entreveradas raíces, que paradójicamente son las suyas propias. Lo español, lo americano, la confrontación anglohispana. Las diferencias y las identidades, temas todos que apoyan su trabajo y quehacer cotidiano como maestro y como historiador.

Decía ya en 1953:

interesada hoy tan seriamente como lo está nuestra cultura en descubrir y valorar la esencia de lo mexicano, no podía faltar en esta corriente actual de pensamiento la historia de la opinión anglosajona viajera sobre México, una opinión cuya importancia radica entre otras cosas, en que ella transcurre ininterrumpida a lo largo de cuatro siglos, y sin que a la fecha presente síntomas de senectud y apatía. . . Durante tres siglos. . . las opiniones inglesas estuvieron condicionadas y lastradas por lo que ha venido llamándose el diálogo o conflicto histórico inglés-español o pugna tenaz entre el misonéismo hispanocatólico y la modernidad angloprotestante. . .

Y concluía advirtiendo que no estaba de más decir que

el extraño viene precisamente a poner de manifiesto consciente o inconscientemente su extrañeza, la que él experimenta ante el nuevo cosmorama que se



presenta ante su vista; viene también a poner de manifiesto virtudes y vicios, perfecciones y defectos; viene, por consiguiente, a descubrirnos perfiles íntimos y honduras psicológicas e históricas entrañables en las que no se había reparado por lo mismo que constituyen el modo habitual y familiar de ser y de comportamiento individual y nacional: el tono nacional, el aire familiar colectivo.

Para Ortega, que va conjugando muy en su fuero interno un particular concepto de nacionalidad, la visión del mundo colonial hispanoamericano iba a ser "a través de la interpretación viajera inglesa, una visión de degeneración y corrupciones sin cuento. No sólo el medio geográfico, sino el hombre que en él actúa van a ser declarados decadentes, impuros, desmedrados".

Por ello, cuando ha rebasado los límites de un posible pensamiento doctrinal, o los atajos de un pasado secular y católico, Ortega se preocupa más intensamente de la identidad nacional y de sus embates contra los prejuicios de los que está investida la conciencia anglosajona, que, a partir del siglo XIX, "se bifurca nacionalmente, correspondiendo, desde 1847 a la del sector norteamericano adoptar un aire protector paternalista hacia México (el hermano menor septentrional y americano)". Y empieza el autor a bregar por ese mundo de la construcción de la gran república vecina. Urga y estudia, analiza y concluye y entonces, sólo entonces, Ortega encuentra explicaciones, que no justificaciones, a la acción colonizadora, expansionista e imperialista de nuestro inevitable morador del norte. Conocerlo quizá equivaldría a derrotarlo, a vencerlo en ese duelo magnífico que es siempre el discernimiento intelectual.

Ortega vuelve siempre a la defensa del conocimiento como factor de toma de conciencia. De identidad, como respuesta al compromiso ideológico.

Tiempo después, en su aguda respuesta al historiador soviético Mashbits que con su "¿Crítica argumentada o ataques sin fundamento?" pre-

tendió rebatir sus observaciones a la historiografía soviética iberoamericana, Ortega retomaría el concepto de la tradición hispana, y advertía que esa tradición era un vínculo imprescindible en los pueblos iberoamericanos para permitirles reconocerse, reencontrarse y luchar y defenderse, unidos, de las poderosas presiones y arremetidas imperialistas del coloso norteamericano.

Defiende el elemento constitutivo de lo hispánico frente a la nueva moda del concepto latinoamericano, porque dice que, de antemano, rechaza intencionalmente toda nueva dependencia neoliberal y neocolonialista.

Advertía entonces que ayer como hoy salta a la vista que cuando faltan datos, comprensión de las circunstancias históricas y simpatía, y sobran, por contra, falaces informaciones, antipatías tradicionales y subjetividad, los resultados del análisis histórico no pueden ser sino falsos, tendenciosos e injustos.

No está en mi ánimo insistir o reparar en todos los temas que entrelazan los propósitos del historiador Ortega con su reafirmación y necesidad siempre inmanente e inminente del Ortega y Medina hombre de su tiempo. Sin embargo, me parece pertinente resaltar la insistencia del escritor que mantiene el vínculo con su hispanidad, el autor que insiste en irse a las raíces, las suyas, a fin de cuentas las nuestras. Así también su asombrosa tranquilidad (me atrevería a calificarla como digna de todo un Leo), al defenderse de los embates, los debates y las polémicas de otros, frente a sus quehaceres y querer históricos.

Cuando Ortega repara en la historiografía soviética iberoamericanista, la descubre en buena medida a un público que ignoraba ese empeño y sus implicaciones ideológicas.

Las observaciones críticas del autor parecen no tener precedente, así también sus objeciones al método de los historiadores soviéticos.

De nueva cuenta, como en el caso de su atención al trabajo anglófono, esgrime como bandera su interés por nuestros valores como objetos de conciencia

Denuncia, sin duda con un claro conocimiento de causa, el hecho de que nuestro devenir histórico sirva de pretexto a los ires y venires del debate académico e ideológico entre soviéticos y estadounidenses. Se opone al México pretexto dialéctico de una dialéctica que, por cierto, y en última instancia, nos es ajena. Sostiene que ambas historiografías, la soviética y la estadounidense,

aun siendo tan diferentes en sus principios, métodos, tácticas y finalidades, resultan, sin embargo coincidentes. La tendencia neoliberal capitalista y la corriente marxista-leninista, cada una por su lado, suman aun sin quererlo, sus esfuerzos para hacer patente nuestro descrédito histórico. Los manifiestos o latentes ataques críticos contra la tradición y los fundamentos hispánicos de

nuestra historia político social y económica (lo cultural, por causa de innegable riqueza conformadora, está aún en su mayor parte libre de sus acometidas, aunque hay ya suficientes barruntos de agresividad), representan una grave amenaza contra nuestro ser histórico, dado que las pretendidas *verdades* crítico-científicas alcanzadas tienden a desvincularnos no sólo de nosotros mismos sino de los otros iberoamericanos y de todos entre sí.

Y si condena la intención imperialista norteamericana, no excluye en consecuencia lo que define como el imperialismo cultural soviético. Critica el empleo dogmático y mecanicista del método generalmente empleado por los autores soviéticos. Critica en ellos las referencias a lo que llaman el "campo común" y Ortega define como conciencia histórica mestiza, que "como valor patriótico aúna a todos los mexicanos". Conciencia histórica que permanece como hilo conductor de la historiografía de Ortega y Medina.

Por ello quizá, en sus *Polémicas y ensayos en torno a la historia*, nos lleva de la mano y nos obliga a reflexionar sobre el orgullo propio. Lo que hemos sido, lo que hemos hecho. Cómo nos hemos visto, nosotros, los mexicanos, en el pasado. Hay un cierto recrear imágenes en esta tarea rescatadora y compiladora de la historiografía mexicana del siglo XIX.

Una reflexión final: siempre me he preguntado el porqué en la obra orteguiana el tema del México contemporáneo parece situarse en un segundo lugar. Si bien es cierto que se ha ocupado de la historiografía porfirista, del positivismo decadente de los primeros años anteriores a la convulsión social que fue la Revolución de 1910, y que también toma la defensa de nuestra revolución como una esperanza redentora para los pueblos iberoamericanos, a Ortega y Medina ese pasado próximo, motivo de ideología e ideologización, parece no ocuparle. El porqué se antoja como motivo de una larga disertación que no cabe aquí siquiera plantear. Sin embargo habría que insistir que esa preocupación nacionalista, ese plantearse y replantearse la conciencia histórica y nuestra mexicanidad, que han sido preocupación y desvelo del maestro, son sin duda impulso de muchos de los trabajos que él ha guiado y encauzado. Podría ser quizá que tomó la decisión, generosa al fin, de dejarnos una pequeña parcela de estudio, y así, con tropiezos y limitaciones, son sus alumnos los que se ocupan de la conciencia extranjera, de la presencia historiográfica ajena en el proceso revolucionario, del nacionalismo y la educación postrevolucionaria y del México de hoy.

Raíces e hispanidad del transterrado definen y determinan su madurez intelectual. Toma de conciencia de la presencia extranjera frente a valores nacionales conforman portada y contraportada de ese espléndido libro que recopila sin duda su trabajo todo y su quehacer de historiador. Congruencia y consistencia repito, que han sido factores concluyentes de su laboriosidad histórica.

Alguna vez otro transterrado insistía en que

todo comienza en el exilio. Procuero adquirir un concepto más aquilatado del hombre. . . de España. Armonizar la solidaridad y la soledad; tener un sentido social y al mismo tiempo la independencia de criterio. Cobro un repudio histórico y ético hacia la violencia. . . Nuestra fuerza es que nosotros somos de los dos mundos, no se nos puede adscribir a uno solo ya. . . esa sensación de nostalgia, de estar siempre incompletos. . . ese ir encontrando una vida común y unos intereses comunes y unas empresas de trabajos comunes. . .

Querido maestro Ortega:

Si me lo permite, deseo parafrasearlo, cuando en 1953, en su primer libro, aquel de la conciencia en que nos hizo conscientes, en el epígrafe inicial, parafraseaba usted a su vez a John Dos Passos, que al referirse al hombre hispánico aseveraba: "existe la fría desesperación de una raza vieja, de una raza que ha vivido largo tiempo bajo una fórmula de la vida a la cual ha sacrificado mucho, sólo para descubrir al final que la fórmula no sirve"

Creo que ahora, luego de tantos años compartidos, puedo atreverme a decir que John Dos Passos estaba equivocado, porque sin duda se equivocó, y el error se prueba irónicamente en usted mismo, ya que la vieja fórmula de la vida del español, aderezada en su caso con una férrea voluntad de ser y sentirse mexicano, esa vieja fórmula *sí* funciona.